

## TALLERES DON BOSCO

MALDONADO 2125

MONTEVIDEO - URUGUAY

Montevideo, agosto de 1967.



Carísimos hermanos:

El 7 de junio próximo pasado terminó su purgatorio terrenal en el Sanatorio "MAMA MARGARITA" de esta casa de Talleres Don Bosco, nuestro hermano, el

## Padre **JUAN BONIFACINO**

Los que lo vimos sufrir sus intensísimos dolores físicos, y los sin duda mucho más intensos dolores morales, entre los cuales no sería ciertamente el menor, el ver su vida encuadrada en el marco de la igualdad de los días y de las noches, como prolongando la eternidad que se le acercaba a grandes pasos.

La única probabilidad de cambio, entre la hora que pasaba y la que iba a entrar en el presente, era un dolor más y una esperanza menos de curación. Sin embargo, en la perspectiva de la fe, esa hora era un regalo de Dios, que muy bien sabía el Padre Bonifacino aprovecharla para ahondar su vida en la purificación personal.

Ese tiempo, a no dudarlo, fue un abrazo de Dios, al cual supo corresponder con el Sí de la generosidad. El Sumo y Eterno Sacerdote - Víctima, Jesucristo, encontró en él un colaborador silencioso, pero efectivo, en la redención de las almas.

Nació el Padre Bonifacino, segundo de los que debían llegar a ser doce hermanos, en uno de esos hogares modelos, en los que, el trasplante de patria, pues eran italianos, no significó una claudicación de la fe.

Sus padres, don Juan Antonio Bonifacino y doña Virginia Beltrame, fueron de esos matrimonios acuñados en Cristo, que supieron imprimir una tonalidad de autenticidad cristiana a toda la familia.

Preocupados por esto, enviaron a su Juan, teniendo 8 años, al Colegio Sagrado Corazón de la calle Mercedes. Allí germinó y maduró su vocación religiosa y sacerdotal, sin duda alguna condicionada por la virtud de aquellos salesianos templados en el sacrificio. Su Director fue el Padre Dámaso Moreira, en quien ciertamente la inteligencia despierta de este niño, pudo forjar un ideal concreto de la vida, que él deseaba abrazar más adelante.

En 1911 pasó a la Casa de Formación del Manga, donde dio los primeros pasos en su vocación bajo la dirección paterna del entonces Reverendísimo Padre Ricardo Pittini, quien fue más tarde también su maestro de novicios en 1915.

Cumplida esta prueba, hizo sus votos trienales el 10 de febrero de 1916. Desde ese momento era salesiano, pertenecía a la familia de los hijos de Don Bosco.

Satisfechos sus estudios de filosofía, se adentró resueltamente en el campo del trabajo, haciendo sus primeros años de magisterio, en los Colegios de Mercedes, Villa Colón y Sagrado Corazón.

El alumno de otros tiempos, volvía a su Colegio como maestro salesiano, a llenar las brechas abiertas por la muerte en el frente del equipo educador.

Terminado el trienio, le cupo en suerte formar parte de la primera expedición de clérigos, que partieron para Italia para estudiar allí la Sagrada Teología, bajo la mirada paternal de muchos que habían conocido y vivido con Don Bosco.

Hizo los votos perpetuos, en Foglizzo, el 31 de marzo de 1922, en manos de Monseñor Luis Versiglia, luego Obispo mártir de la China. El estudio, la piedad y el tiempo lo iban madurando como hombre y como futuro sacerdote.

Las órdenes menores que iba recibiendo eran un signo de esta realidad interior, que iba copando su vida, hasta expresarse para siempre en al ordenación sacerdotal. El 20 de julio de 1924, era el día indicado por la Providencia para tal acontecimiento. Su Excelencia el Cardenal Gamba, Arzobispo de Turín, lo ungió sacerdote del Señor, por toda la eternidad.

Antes de volver a la patria solicitó y obtuvo permiso para perfeccionarse en el habla inglesa. Con tal motivo fue enviado al Colegio Battersea Cowley, en Inglaterra.

En 1925 volvía a ver las playas de su Uruguay, para entregar a la Congregación y a la juventud, los pujantes años de su joven sacerdocio.

Así transcurrieron 25 años casi corridos, dedicados a la enseñanza en diversos Colegios, como el Colegio Pío, Nuestra Señora del Rosario (Paysandú) San Francisco de Sales y otros.

Su preocupación: formar los jóvenes para la vida. Paralelamente a estos encargos de la Congregación y a pedido de la Jerarquía Eclesiástica, cumplió una encomiable obra, como Asesor de Centros de Acción Católica de los estudiantes de Química y Farmacia, cuyos componentes, aun después de muchos años, lo recuerdan con gran cariño y admiración. Fue predicador de doctrina, y además, la sabía entregar con galanura de lenguaje a su auditorio. Por eso se le oía con atención y fruto.

Su ficha para los hombres, se interrumpe con una sola palabra en 1950: Talleres Don Bosco: ENFERMO.

El terrible mal de Parkinson, verdadera cruz para toda su vida, lo había atrapado en sus redes.

Aquí comienza la parte específica de su vida sacerdotal. Posiblemente la más sólida y rica, aunque ciertamente la más silenciosa y escondida. El Sumo Sacerdote, Jesucristo, quiso hacerlo "distinto" y él aceptó serlo, por eso, vivió su estado de víctima.

Comenzó su enfermedad por perturbarle sus movimientos y equilibrio y poco a poco lo fue imposibilitando en su vida de relaciones humanas.

Se puede decir que bebió a sorbos la copa del sufrimiento. Esta progresión de víctima no tenía otro punto de llegada o de partida, (depende del ángulo desde el cual se lo mire), que la muerte. Esta se avecinaba, pero no se sabía cuando llegaría definitivamente. Lo importante no es tanto señalar su enfermedad, cuanto su consciente vocación de víctima. Bien claro lo manifestó en uno de sus últimos días a uno de los hermanos en Congregación que lo visitaba, diciéndole:

—Tengo que hablar largamente contigo.

—¿De qué Padre Juan?

—De mi Vocación... (quería decir de su vocación de víctima).

Había rezado durante muchos años la Misa, para que su vida fuera una Misa. ¡Inmejorable modo de celebrarla cada día! Verdadero testamento espiritual para cada uno de nosotros. ¡Cuántas veces llegamos hasta él, pidiéndole un oración especial por ciertas necesidades de la Casa!

Tenga presente Padre Juan, se le dijo más de una vez, esta afirmación que surge de nuestro espíritu de fe: que la única Sociedad en que los enfermos y los ancianos, pueden hacer más que los sanos, es la IGLESIA.

Esto fue siempre una vivencia para él, hasta el último momento, pues, si bien iba perdiendo sus facultades motrices, conservó siempre una absoluta claridad de su mente, hasta el último día en que el Padre, lo llamó definitivamente a su Casa.

Si el corazón de un hombre se mide por los sentimientos que alberga, el corazón del Padre Juan Bonifacio era grande y noble. El pensamiento de su madre lo acompañó siempre. Solía decir que el primer dolor que se llora sin la madre, es aquel producido por

la muerte de la misma. Por eso, cuando sabía que algún salesiano tenía la dicha de contar todavía con su madre, le preguntaba:

—Cómo está su mamá? Dele mis saludos y dígame que rezo por ella. ¡¡¡Es que las madres deben ser todas iguales!!!

Cuando todavía podía hacerlo, el bautizar a alguien que llevara el nombre de Virginia, era para él una alegría inmensa.

Uno de sus últimos Inspectores, el Padre Miguel de Paolis, más de una ocasión llegó hasta él solicitando oraciones, aceptando de buen gusto tal pedido, consciente de contribuir desde su lecho al bien de la Congregación.

Recibía diariamente la Comunión y más de una vez recibió la Extremaunción, ya que el peligro de muerte no desaparecía.

A principios de junio, recrudecieron los síntomas de su último fin. Avisados por nuestro incansable enfermero, para quien debe haber también un recuerdo agradecido en estas líneas, el hermano Mario Letner, diósele nuevamente la absolución y la Santa Unción. Rodeado por sus hermanos en la sangre y en el espíritu, luego de unas horas de agonía, asistido de un modo especial por el Padre Navarlaz que no quiso de ninguna manera apartarse de su lado, el Padre Juan Bonifacino entonó su "Missa est", para cantar luego el ALELUYA de la resurrección, porque toda muerte en Cristo es siempre gloriosa.

Hermanos: Cumplamos con el deber fraterno de orar por el eterno descanso de su alma, agradeciendo al mismo tiempo al Señor, el habernos mandado este pararrayo para la Inspectoría y para esta Casa de los Talleres Don Bosco.

Pidamos igualmente, que si alguno de nosotros fuera llamado por este camino específico de la santidad sacerdotal, tengamos las fuerzas necesarias para responder con un sí consciente y personal.

Afectísimo en Don Bosco:

**Padre VICTOR F. REYES**  
Director.

#### Datos para el Necrologio:

**PADRE JUAN BONIFACINO**, de Montevideo, Uruguay, muerto en Montevideo, (Talleres Don Bosco), el 7 de junio de 1967 a los 68 años de edad; 51 de profesión y 42 de sacerdocio.